

# FIESTAS DE AGUA Y FUEGO EN CAZORLA

Isabel María HUERTAS VICIANA



LAMINA 1: Procesoión de San Isicio, Cazorla. (Fotógrafo: Pedro Gómez.)

La siguiente enumeración de este tipo de prácticas en Cazorla es deudora de la publicación al respecto (Martínez Montesinos, 1965-66), y puede distribuirse en varios apartados.

**Ritos ácuos.**—No era el fuego, sino el agua aquel elemento que presidía la fiesta nocturna, y empleamos el pasado porque en gran medida se han perdido.

La gente se aprovisionaba de cubos de agua que, desde la calle, portales o balcones volcaban sobre el primer desprevénido; los principales autores se contaban entre la mocedad, y solían ser las muchachas las que acechaban tras las balconadas, extendiéndose estas "batallas de agua" a los pilares de las fuentes públicas que con profusión existen en las calles cazorleñas.

Justo a la medianoche, momento en que se iniciaban estos rituales, ninguna muchacha descuidaba lavarse la cara con el "agua clara" de las fuentes, o recogida en cualquier recipiente, medio seguro de acentuar su belleza y la tersura de su tez.

**Ritos adivinatorios.**—En su mayoría eran de carácter íntimo y femenino, mediante los que las "mocicas" intentaban indagar acerca de su futuro marido.

Un alguacil, algo requemado, era colocado bajo la cantera, y si había florecido al manecer, la muchacha se casaría a lo largo del año. O una vaina de haba de siete granos, bajo la almohada, contribuía a soñar con el hombre esperado, e incluso, si se colocaban varias, y algunas de ellas peladas y otras a medio pelar, desvelaban su situación económica, holgada en el caso de sacar una vaina sin pelar, hasta la más apurada por una pelada del todo.

O bien, a oscuras y desvestida en su dormitorio, encendía dos velas, que sostenía una en cada mano y se colocaba frente al espejo, asegurando su casamiento el hecho de que viera en él la cara del diablo. También desvestida, en el cuarto de amasar, y con las manos a la espalda, cernía harina que sobre la artesa dibujaba bien la inicial del nombre del muchacho, o algún utensilio propio de su oficio, o cualquier otro indicio que ayudara a esclarecer un tanto la incógnita.

El agua interviene en otros dos más. No ya un espejo, sino la misma superficie del agua contenida en una palangana reflejaría el rostro del muchacho, igualmente en el cuarto a oscuras, y las formas adoptadas por un huevo al ser cascado sobre un recipiente lleno de agua revelaban los datos más variados sobre el porvenir.

Por último, al rayar el sol, se aseguraba que aquél cuya sombra no tuviera cabeza moriría en el transcurso del año.

**Ritos de curación.**—Para sanar a

los críos pequeños de las "quebradas" o hernias aún hoy se practica la conocida práctica del paso. A un lado y a otro de una zarza abierta por la mitad longitudinalmente, se colocan los oficiantes, una mujer llamada María y un hombre llamado Juan que, mientras suenan las doce campanadas, pasan al niño de una a otra entre el tallo abierto repitiendo este diálogo: "J: Tómalo, María. M: Dámelo, Juan. J: Quebrao te lo doy. M: Sano me lo has de dar." Terminada la ceremonia, alumbrada por un farol cuando no hay luna, se liga el tallo con vendas y barro, y se le riega durante algunos días; si rebrota, es señal de que el niño sanará.

**Ritos para hacerse rico.**—Para ello basta con soñar tres veces consecutivas el paradero del tesoro, y dirigirse allí a la medianoche vertiendo un puchero de agua sobre la tierra.

**Ritos de encantamiento.**—Los niños temían que durante esta noche les sorprendieran aún despiertos las campanadas de las doce, porque era entonces cuando la "Tragantía" entonaba su fatídica canción:

"Yo soy la Tragantía,  
hija del Rey moro;  
el que me oiga cantar,  
no verá la luz del día  
ni la noche de San Juan."

Los chicos plasmaban su imagen en una calabaza vinatera, a la que se le practicaban orificios para simular su rostro, cubiertos con papel rojo, y se encajaba al extremo de un palo donde se había fijado una vela encendida. Y así la sacaban por las calles esa noche.

**Rito de vegetación.**—Por último, esta velada era también propicia para el galateo. Los novios acostumbraban a poner ramos de flores en las rejas de sus novias, conocidas como "enramás".

## II.2. DATOS INTERPRETATIVOS.

Dentro del capítulo siempre abierto de la interpretación, y tomando como base las teorizaciones de reconocidos autores, es bien conocido el carácter de iniciación o cambio estacional que encierra la festividad de San Juan. La celebración cristiana unificó, bajo una nueva simbología, una serie de rituales precristianos propios de fiestas solsticiales, que responden a una concepción palin-génica de la vida. Según ésta, el universo está sometido a un eterno ritmo cíclico, durante el cual las fuerzas de las que dependen se van agostando para volver a recuperar su vigor tras su regeneración.

El tránsito de uno a otro ciclo suponía su celebración periódica, marcada por el movimiento de los astros,

## I. INTRODUCCION

Prácticamente todas las culturas y concepciones religiosas han atribuido al agua y al fuego un papel primordial, en calidad de elementos primarios universales, e indispensables recursos de la subsistencia humana. No en vano, constituyen dos de los fenómenos más representativos de nuestro folklore, como es el caso de ciertas festividades giennenses, en las que cobran un destacado protagonismo.

El presente trabajo tiene por centro ambas manifestaciones dentro del ciclo festivo de Cazorla, a partir de la bibliografía existente y la recogida directa de datos, cuya pequeña aportación se reúne en el apartado de los ritos de fuego, sobre el que, en realidad, ha recaído el mayor peso del estudio.

La noche de San Juan enmarca, por un lado, los rituales acuáticos, al tiempo que las hogueras o "luminarias" jalonan en distintas fechas el calendario, junto a otra expresión ígnea llena de originalidad y atractivo, como son las "caracoladas" de San Isidro; todas ellas irán precedidas de un breve contexto provincial

## II. RITOS DE AGUA.

### II.1. NOCHE DE SAN JUAN EN CAZORLA.

La festividad de San Juan Bautista, el 24 de junio, encierra una de las principales celebraciones cristianas, que absorbió toda una serie de ritos paganos de origen remoto. Sus ceremoniales, además de los propios del culto al Santo Precursor, responden a creencias referidas al fuego, al agua y a la vegetación, con un sentido mágico, profiláctico o terapéutico, así como otras de tipo fantástico o de encantamiento, que se extienden en gran parte del folklore europeo. Tales creencias adquieren, entre la medianoche y el amanecer su más profunda significación; es entonces cuando la bendición del santo recae sobre las aguas y las plantas, confiéndoles, según el sentir popular, una gama de virtualidades de las que carecen el resto del año.

o los solsticios, que cerraban una estación al tiempo que inauguraban otra, del mismo modo que las etapas de las faenas campesinas. Estas fiestas solsticiales simbolizaban la regresión de la naturaleza, desgastada, al abismo precósmico, para resurgir con la repetición ritual de la cosmogonía.

De esta forma, las ceremonias incluían el fuego y el agua, como dos de las potencias que mantenían la vida universal (Mircea Eliade, 1972). Dentro de este marco, puede comprenderse mejor la simbología que encierra el elemento agua en la noche de San Juan.

La costumbre de arrojar cubeta-  
zos de agua por las ventanas en esta  
noche tiene numerosos paralelos dentro  
de la península, tal es el caso de  
Lesaca, en Navarra, o las "veladas"  
de Sevilla, protagonizadas por mu-  
chachas (Caro Baroja, 1979b), que se  
reflejan también en el Carnaval (Caro  
Baroja, 1979a). Pero es ante todo en  
el lavado de la cara, con propiedades  
embellecedoras y curativas, donde se  
delata una profunda significación.

Como hemos recordado más arriba,  
el agua es el símbolo cosmogónico  
por excelencia, la unidad indife-  
renciada de la que nacen todas las  
formas, y a la que vuelven por regre-  
sión, desintegrándose en ella. Del  
mismo modo, cualquier mal queda  
absorbido y disgregado, lo que con-  
fiere al agua un carácter terapéutico  
y rejuvenecedor.

En Cazorla hay buenos ejemplos  
de aguas medicinales, como son la  
fuente de La Glorieta y los pozos de  
ciertas casas particulares para todo  
tipo de males de estómago, o la fuen-  
te de La Pedriza para el mal de riñón.

El marco anterior explica asimis-  
mo el sentido regenerativo de las  
prácticas de inmersión. Merece señ-  
alarse el rito de sumersión de una  
imagen de San Isidro en otra locali-  
dad giennense, Santo Tomé, dentro  
de las aguas del río, para pedir la  
necesaria lluvia sobre los campos,  
como en otros tantos lugares de la  
península con figuras de la Virgen o  
la Santa Cruz. Estos ceremoniales  
repiten aquellos otros realizados con  
las representaciones de las antiguas  
diosas de la fecundidad y de la agri-  
cultura, como Cibeles o Afrodita  
de Pafos; las fuerzas agostadas de la  
divinidad se reintegraban así, asegu-  
rando una buena cosecha.

En cuanto al poder oracular del  
agua, ya era considerado en la Anti-  
güedad. Los oráculos se situaban  
próximos a fuentes de agua, y algu-  
nos sacerdotes bebían de una fuente  
sagrada antes de profetizar, como en  
Claros, o Colofón.

El resto de los rituales no ácuos  
merecerían una mayor atención, que  
desde aquí no podemos prestar, pero,  
en último término, participan tam-

bién, en opinión de diversos autores,  
del sentido propio de una vieja fiesta  
solsticial de origen mítico.

### III. RITOS DE FUEGO.

#### III.1. MARCO PROVINCIAL.

Los siguientes datos no pretenden  
ser más que una primera aproxima-  
ción, aunando la información biblio-  
gráfica e inédita que hemos logrado  
reunir. Preferimos citar aquellas pri-  
meras en un principio, para aligerar  
el texto (González, 1936; Medina,  
1978-81; Ortega, 1977; Rodríguez,  
1982; Sánchez, 1981; Varios, 1956).  
Las celebraciones ígneas recogidas  
son las siguientes:

**El "nochebueno".**—No falta en  
las chimeneas de cualquier hogar de  
la capital el leño del nochebueno,  
que caldea esta noche tan entrañable  
y familiar. Suele ser de madera de  
olivo o encina, y puede llegar a durar  
toda la noche. También se le denomi-  
na arrimador y trashoguero, y pro-  
porciona el ambiente idóneo para la  
cena de Navidad.

**Hoguera de San Silvestre.**—Fuera  
del círculo hogareño, en medio de la  
plaza de la iglesia, los vecinos de Hue-  
sa celebran a San Silvestre en la vís-  
pera con el encendido de los llama-  
dos "castillos del santo", a base de  
tea de pino, rodeados por la mocedad  
que canta y baila; sobre las últimas  
brasas extendidas, se inician las pu-  
jas de saltos.

**Hogueras de San Antón.**—Quizá  
sean éstas las más representativas de  
la provincia, todo sea porque se tra-  
ta de una de las fechas más entraña-  
blemente celebradas por los giennen-  
ses. Sin embargo, el patrón de los  
animales domésticos también observa  
la gradual desaparición de sus feste-  
jos, ante el empuje de la industria-  
lización y la consiguiente disminu-  
ción de los animales como instrumen-  
tos de trabajo.

San Antonio Abad es festejado en  
Jaén, como en gran parte de la pe-  
nínsula, con las típicas subastas o re-  
partos de las ofrendas al santo, la  
bendición de los animales, y la rifa  
del "marranico de San Antón", ceba-  
do por todos los vecinos de; las hogue-  
ras también suelen formar parte de  
los actos.

Algún autor giennense le ha cali-  
ficado como santo "rosetero o cala-  
baco", por la usual costumbre,  
dentro de la provincia, de aprovisio-  
narse de buenas fuentes de "rosetas"  
de maíz o de calabaza asada durante  
estas noches invernales como sería  
el caso, sólo por citar un ejemplo,  
de Cabra del Santo Cristo, mientras  
en las calles lucían las fogatas. En la  
villa de Sabiote, las hogueras ardían  
asimismo a las puertas de las casas,

y era la ocasión de tomar ponche y  
garbanzos "tostaos".

Se quemaba, como es natural, lo  
primero que se hallaba en los campos  
capaz de prender bien, y esto era la  
leña de olivo, o mejor, los ramones  
que resultaban de la poda, como en  
las piras de Peal de Becerro, también  
encendidas a las puertas de las casas.  
En algunas localidades, en derredor  
del fuego, se animaba la estancia con  
cantes y bailes, como en Arjona o  
Aldeaquemada.

Hemos recogido la tímida pervi-  
vencia de las "lumbres" de esta fe-  
cha en Vilches, pero, como es genera-  
lizado, las normas para la protección  
del asfalto concentraron las antiguas  
lumbres a las puertas de las casas,  
de los propietarios de animales sobre  
todo, a una única y más grande en  
la plaza. Los chiquillos son los en-  
cargados de recoger el ramón de la  
oliva desde varios días antes y, en  
torno al fuego, disfrutaban cantando,  
jugando al corro, o saltando sobre las  
ascuas, mientras sus padres toman el  
acostumbrado bacalao que, inserto  
en un palo, se pasa por las llamas, o  
las inevitables patatas asadas. Los  
restos de la quema sirven como in-  
mejorable cisco para los braseros, o  
para que los chicos persigan a las  
muchachas y les manchen la cara  
con las manos tiznadas de carbón.

La lista de localidades podría  
ampliarse a Villadompardo, donde,  
además de aquellas de las barriadas,  
se levanta una común, de los Hermanos  
Mayores del santo, donde se que-  
ma gran cantidad de leña de olivo.  
Mencionemos también Villarodrigo,  
Mengíbar, Arroyo del Ojanco y San-  
to Tomé.

Sin embargo, son las "lumbres"  
de San Antón, en Jaén capital, las  
más conocidas. En la noche de la vís-  
pera, las laderas de las montañas cir-  
cundantes y los caseríos en los que  
se criaban animales domésticos, se ta-  
chonaban de hogueras, con el fin de  
implorar por la salud de éstos y po-  
tenciar su productividad. Las lum-  
bres del interior de la ciudad, una vez  
que las calles recibieran el pavimento  
de asfalto, fueron emplazadas de és-  
tas a solares baldíos. Son tradicio-  
nalmente los chiquillos quienes, unos  
días antes, recorren las calles y cam-  
pos para recoger los trastos inútiles  
y las brazadas de ramón de olivo,  
que se quemaban junto con petardos  
y cohetes. Remate usual de la pira  
eran los muñecos grotescos, y la mo-  
cedad, sobre todo, era la que se reu-  
nía en torno al fuego, cantando y  
bailando el "melenchón", propio de  
estos días hasta el Carnaval, o bien en  
el interior de los patios, donde toman  
ban las habituales "rosetas" y mosto.

Los albadoneros tenían a San An-  
tón por patrono, y le dedicaban una  
lumbre enorme en una de las plazas  
principales, coronándola con el moni-



gote, cuya cabeza estaba formada por una calabaza vacía, y piñas roseteras o mistos de crujío hacían de extremidades, que al prenderse detonaban; la música y los cohetes animaban la quema. Hoy, son de destacar las lumbres del Barrio de las Alcantarillas, que procura mantener la tradición.

La costumbre de levantar fogatas en San Antón enlaza la Pascua de Navidad y Reyes con la Candelaria y San Blas, como es el caso de Alcaudete y La Carolina, respectivamente, pero de las que no podemos más que mencionar.

**Hogueras patronales.**—Fuera de las fechas invernales, las celebraciones ígneas parecen vincularse no ya a días señalados y generalizados en la provincia sino a variadas fiestas patronales, si exceptuamos los días de la Cruz y de San Juan.

Tal sucede en Cambil, el último domingo de febrero, día de su patrón, el Santísimo Señor del Mármol, o el 25 de marzo, en Peal de Becerro, en honor de su patrona Nuestra Señora de la Encarnación. En la plaza de la iglesia, y sólo allí, se montan los "castillos de tea" o "luminarias", a cuya quema acude la banda de música local; y los mozos no dejan de saltar sobre las últimas ascuas.

Es de señalar la festividad patronal de Albánchez de Ubeda, el cuarto día de mayo, conmemoración de San Francisco de Paula, en cuya víspera tiene lugar el rezo del rosario, formada por hombres que portan hachones encendidos, acompañado en su recorrido por hogueras, encendidas a las puertas de las casas de los comisarios de la cofradía.

**Hogueras de la Cruz.**—Tenemos noticias de dos localidades con fogatas levantadas durante tal celebración. En Alcalá la Real, el 3 de mayo, se erigen ante las distintas cruces de los barrios, y también en la aldea de Sabariego, dependiente de Alcaudete, aún hoy lucen el primero de mayo los llamados "fuegos de la Cruz de Mayo", que se reducen a una única hoguera en la plaza, con ramón de olivo.

A la luz de los datos con los que contamos, destacan, en suma, y con gran diferencia, las hogueras de San Antón, si bien hay ausencias, en cuanto a información, bastante significativas, como es el caso de San Juan, del que sólo podemos mencionar la población de Santo Tomé, que exigen, para una conveniente interpretación, un estudio más exhaustivo.

### III.2. FIESTAS DE FUEGO EN CAZORLA

La villa de Cazorla es un hermoso rincón serrano, enclavado en la serra-

nía de su nombre, que sube por el valle del Cerezuelo hasta el tajo de la Peña de los Halcones, dejando a sus pies la superficie alomada de la campiña.

Sus primeros restos humanos retroceden a la época ibérica y romana, al que se superponen los árabes, hasta la llegada de las huestes cristianas que la conquistaron en el s. XIII, constituyéndose entonces como Adelantamiento; la fe religiosa de estos conquistadores quedó plasmada en la multitud de templos y conventos, y, ante todo, ermitas campesinas extramuros, que fueron levantándose en la ciudad. Su economía, agrícola y forestal, se basa en el aceite de oliva y en la riqueza de sus bosques.

A través de un recorrido por su calendario festivo, nos iremos deteniendo en aquellas celebraciones de interés para el presente trabajo; de cualquier modo, cada una de las fiestas mencionadas merecería un estudio exclusivo, que muy a nuestro pesar no puede ser abordado aquí.

Preferimos citar la bibliografía de base también en un principio, sin contar con los diversos programas de festejos y las crónicas de su revista anual, "Anuario del Adelantamiento", desde 1952 (Almansa, 1984-85; Marín, 1984-85; Martínez, 1956).

**El "nochebueno".**—También en Cazorla, este grueso tronco de olivo sigue caldeando los hogares y cortijos durante la noche del Nacimiento, tal y como vimos en la capital.

**Las "luminarias" invernales.**—Al anochecer de la víspera de San Antón, el 17 de enero, y San Sebastián, tres días después, así como de la Candelaria y San Blas, el 2 y 3 de febrero, los barrios y plazas de Cazorla se encendían con las "luminarias", nombre con que eran conocidas por el pueblo. Todas ellas presentaban las mismas características, de modo que la referencia a las luminarias de San Antón, darán buena cuenta de las demás.

La tarde de la víspera tenía lugar la recogida de la imagen del santo de su ermita a la iglesia parroquial de San José, precedida por una ruidosa escolta en la que los niños hacían sonar todo tipo de cencerros.

A la caída de la noche, se encendían las luminarias, bien a las puertas de los hogares ganaderos y labradores, bien en las encrucijadas y plazas, sin faltar aquella otra, más grande, en la placeta de la ermita del santo, dentro de la población. Hoy, de éstas, como del resto de las hogueras invernales, sólo queda un tímido recuerdo en algún jardín particular.

Todas las luminarias, tanto las invernales como en las siguientes fechas que veremos a continuación, tenían en común la quema de un arazón de teones de pino resinoso, traídos de la sierra, que eran colo-

cados por parejas y paralelamente, en una especie de torreta. Sin embargo, con posterioridad a la guerra civil, las luminarias invernales habían sustituido las teas por todo tipo de trastos viejos y "romaniza", o ramos de olivo, en un amontonamiento informe.

En torno al fuego, aquéllos que verdaderamente disfrutaban eran los chiquillos, que jugaban a la rueda y detonaban el "trueno". Una de las distracciones preferidas era la extracción de las brasas que, una vez colocadas sobre piedras humedecidas con saliva, se aplastaban con un mazo de oliva o carrasca, produciendo una ruidosa explosión. Los mozos, por su parte, gustaban de saltar la hoguera en un alarde de valor.

Cada familia traía de sus hogares buenas provisiones de "tortillas" de harina frita, que se tomaban mojadas en chocolate, y algún vinillo, que ayudaban a pasar la velada. Propio de estos días eran las reuniones, en el interior de las casas, en torno a la fuente de "flores" o palomitas de maíz, con sal o con azúcar, que amenizaban las tertulias.

Mientras que en la calle se consumían las luminarias, alguna mujer llenaba sus braseros con varias paletadas de ascuas, bien recubiertas de ceniza para prolongar su calor.

Al día siguiente, tras la celebración de los actos litúrgicos, la imagen del santo era devuelta a su ermita, en donde se efectuaba la subasta, por parte de los miembros de la Hermandad, de las ofrendas al santo, y se rifaba el "marranico de San Antón".

Las luminarias de San Antón, como todos los actos en su honor, eran entendidas en sí mismas como plegarias por la salud de los animales domésticos, del mismo modo que las luminarias de San Blas adquirían un sentido de protección contra los males de garganta, en especial del temido "garrotillo", que podía ser fatal, en calidad de reconocido abogado contra estas enfermedades.

**Las "hogueras romeras".**—La romería de la Virgen de la Cabeza es una de las fiestas más queridas por los cazorleños, que tiene por escenario el espléndido paraje natural en donde se enclava su ermita, la Peña de los Halcones. La tradición remonta la aparición de la imagen al s. XVII. La fiesta viene precedida por la "entrada de los borregos", el penúltimo domingo de abril, inmediatamente anterior al domingo propio de la fiesta.

Estos borregos, ofrendados a la Virgen, desfilan por el interior de la villa adornados con lazos de colores, y son subastados a lo largo de la semana con destino a la población infantil.

La víspera del domingo de la Virgen, son encendidas las luminarias,

también conocidas como "hogueras romeras", en torno al santuario, y únicamente allí, en sitios ya determinados, en una alineación perfectamente visible desde la ciudad (fig. 1). La quema se alimenta de teas y romaniza.

Junto a las hogueras sólo permanece el encargado de mantenerlas durante las dos o tres horas largas que suele durar su combustión. En torno al santuario suelen permanecer, mientras tanto, algunos miembros de la Hermandad y si acaso algún curioso, si bien alejados de las hogueras.

Durante el día siguiente, los romeros inician la subida desde horas tempranas, llevando en sus provisiones el típico "hornazo", rosco de aceite, con uno o dos huevos cocidos, y adornos de repostería en forma de pajaritas, lombrices, trenzados y otros. Son tradicionales también las tortillas de habas, y, como bebida, la "cuerva de los romeros", a base de vino blanco, azúcar y frutas, obsequiada a los romeros por los hermanos.

Tras los actos litúrgicos, siguen el aperitivo y la comida, hasta la caída de la tarde, cuando se inicia la procesión de bajada, que transporta la imagen de la Virgen a la parroquia, a donde llega ya anochecido, acompañada de la banda de música, campanadas y cohetes.

La imagen permanece en la iglesia parroquial hasta el primer domingo de junio, cuando es devuelta a la ermita.

La fiesta es organizada y financiada por la Hermandad de la Virgen de la Cabeza, que tiene también a su cargo la conservación del santuario.

**Las "caracoladas".**—La festividad de San Isidro es otra fecha señalada en el calendario festivo de Cazorla. Su santuario se enclava en las proximidades de "La Pedriza", donde cuenta la tradición que este varón apostólico, portador de la fe cristiana, fue lapidado. La lápida conmemorativa de su edificación señala la fecha de 1613, aunque se tiene constancia de que ya desde 1535, por un voto de los dos Cabildos, se celebraba una procesión al lugar del martirio cierto domingo de mayo; el mismo voto incluyó la concesión del patronazgo a San Isidro.

La fiesta se inicia con la procesión de ida, del santuario a la parroquia, de la imagen del santo, portadora del primer ramo de cerezas de la temporada y un manojo de espigas verdes de la campiña (lám. 1), ya bien caída la tarde.

Durante esta procesión de bajada, tiene lugar la "caracolada", que, mediante candilejas de caracoles ilumina y adorna las fachadas de las casas.

Los caracoles preferidos para ello son los de las huertas, de mayor tamaño que los encontrados en la sierra, o bien son adquiridos de pobla-

ciones cercanas. Una vez limpios y secos, se les introducen, uno a uno, las "torciás" o mechas de algodón retorcido, previamente empapados en cualquier aceite.

Estas hebras deben ser quemadas ligeramente por la punta, para que en el encendido final prendan todas al mismo tiempo y rápidamente al primer paso de la llama. Los caracoles se sujetan entonces a las paredes con un poco de brea. Por otra parte, nada impide que puedan ser reutilizados.

Las caracoladas se colocan sobre fachadas, rejas y pretilos siguiendo las principales líneas arquitectónicas, y forman sencillas figuras geométricas, como cruces o bandas paralelas, u otras, menos simples, como una figura alegórica del santo, en la que pueden distinguirse la mitra, la cabeza y la túnica, o la escritura de un viva al santo. Incluso se recurre a la ayuda de un soporte de madera, en el que se ha elaborado una cruz o una estrella a propósito para la ocasión y que con un pegote de yeso se hinca en el lugar deseado; asimismo se rodea con los caracoles el marco de un cuadro religioso.

El Ayuntamiento, organizador de estos festejos, viene otorgando una serie de premios para aquellas caracoladas más lucidas; son condiciones indispensables que sólo se utilicen efectivamente caracoles, y que la composición completa luzca cuando el santo pase. Además, sólo pueden participar aquellas casas cuyas fachadas se vean desde la ermita.

De este modo, una vez que los cohetes y las campanadas anuncian la salida del santo de la ermita, acompañado de la Corporación municipal bajo maza, es necesario prestar atención desde las casas a la proximidad de la comitiva puesto que las caracoladas no permanecen mucho tiempo encendidas.

Es significativo que algún vecino recuerde de su infancia que se colocaran candiles y teas en las ventanas en vez de caracoles, así como luminarias en las puertas de las casas, en esta misma noche.

Los actos del día siguiente consisten en la función religiosa y en la procesión de subida, tras la que los romeros se instalan en las proximidades del Santuario. El Ayuntamiento y las habas tiernas. Una costumbre propia de esta celebración era el "cartucho", que los mozos entregaban a sus novias como inicio de las relaciones formales, y que consistía en una bolsa llena de confituras, como alfajores de nuez y miel, o "arropías", de azúcar quemada y almendra, o avellana. Si la muchacha no hubiese asistido a la procesión, el mozo se lo ofrecía por la gatera de su puerta, único medio de comunicación entre ambos sin la presen-

cia vigilante de algún familiar de ésta.

**La "Vocación".**—La festividad del Santísimo Cristo del Consuelo es igualmente una de las más entrañables para el pueblo de Cazorla, y motivo de unión entre todos los vecinos. La organización compete a la Real Cofradía del Santísimo Cristo del Consuelo, cuya obra, en fomento de la actividad religiosa, abarca también la asistencia social y la conservación del templo de San Francisco. Sus miembros, vecinos de la localidad y algún Hermano Honorífico, mantienen la simbólica cuota anual de cuarenta reales. La Asamblea Extraordinaria, el 15 de mayo, renueva la Junta Directiva, compuesta por el Hermano Mayor, antiguo Mayoral, así como del Secretario, el Tesorero y doce Vocales.

La imagen venerada es un lienzo conservado en el templo de San Francisco, que sustituye a aquel otro destruido durante la guerra civil, datado en el s. XVII. Tras los Santos Oficios, es sacada en procesión el día 17 de septiembre, momento cumbre de su conmemoración. Durante el trayecto, los devotos cuelgan dinero prendido con un alfiler a las cintas que penden del marco, justo en el momento en que pasa bajo sus ventanas, en cumplimiento de una promesa o agradecimiento, así como exvotos de cera, que son ahora colocados en una bandeja para este propósito (fig. 2).

Las calles reciben la comitiva engalanadas con mantones y mantos bordados, y la mayoría de las fachadas recién blanqueadas. Con la llegada de la imagen a la plaza de Santa María, se disparan los acostumbrados fuegos pirotécnicos.

Sin embargo, los festejos han tenido su inicio días atrás. El día 14, tiene lugar la "entrada del trigo", últimamente conocida como la "entrada de las limosnas de la campiña y sierra", ofrendas al Santísimo Cristo, originalmente en especie, bien trigo o aceite.

Es aquí donde debemos detenernos un tanto. A principios del presente siglo, tal ceremonia incluía también la ofrenda o entrada de la tea, o madera de pino salgareño para la quema de hogueras de la víspera del Señor.

No obstante, en un principio constituían ritos diferentes, no sólo por la materia de la ofrenda, sino por una serie de requisitos en cuanto a la composición del desfile, como la exigencia de que la transportaran burros peludos en vez de mulas castellanas, propias de la entrada del trigo. La noche de la víspera suponía la iluminación de la Peña de los Halcones mediante multitud de hogueras, que recibían el nombre de "la vocación". Actualmente han sido sustituidas por

fuegos artificiales, quemados en la plaza de Santa María, conocidos como "la noche de los fuegos".

Los actos propiamente religiosos se ven continuados, al día siguiente del Día del Señor, con una feria de ganado y maquinaria agrícola.

### III.3. DATOS INTERPRETATIVOS

Las siguientes líneas son tan sólo una mera aproximación en el tema siempre escurridizo de la búsqueda de significados.

La importancia esencial del fuego en la vida del hombre parte de la luz y el calor que éste le proporciona. La dificultad de su obtención le llevó a adoptar el recurso de mantener en un lugar determinado un fuego permanentemente encendido, bien en los templos o en el interior de las casas, esto es, del "hogar", como sucedía entre las familias griegas o romanas, por ejemplo. De este modo, llegaría a adquirir un sentido sacro, plasmado en rituales de ofrendas de alimentos o imprecaciones, que han tenido una sorprendente continuación en algún ámbito peninsular, como es el caso de Galicia (Caro Baroja, 1979b).

Las fiestas de fuego son numerosísimas en todo el folklore europeo, y, a opinión de diversos eruditos, plasman ciertas pervivencias de antiguos cultos precristianos, que posteriormente fueron englobados en la veneración cristiana. Estudiosos del mundo popular han interpretado este grupo de fiestas como pertenecientes a otro más amplio que englobaría todas aquellas celebraciones de origen mítico o religioso dedicadas a las fuerzas de la naturaleza, con un sentido protector o de adoración.

El origen de tales atribuciones puede hallarse en el sentido cíclico del universo, al que ya hemos hecho referencia en el apartado del agua; concretamente, el elemento ígneo y su sentido bienhechor para los hombres y la naturaleza, ha recibido diversas valoraciones, destacando dos.

Por un lado, la teoría solar, que interpreta las hogueras como magia imitativa del sol para potenciar y asegurar su protección, dentro de las celebraciones coincidentes con los solsticios. Por otro, las teorías purificadoras, por las que el fuego destruiría todo tipo de males y culpas de los hombres.

Diversos autores han clasificado las distintas hogueras de las festividades peninsulares en dos grandes bloques, según las teorías de revivificación solar. De un lado, las coincidentes con el solsticio de verano, o San Juan, y de otro, aquellas del solsticio invernal, en un margen menos preciso, desde la Purísima en diciembre hasta San Blas en fe-

brero, prolongándose en ocasiones hasta el día de la Cruz de mayo.

Dentro de este grupo se englobarían las luminarias invernales descritas en la provincia de Jaén, cuyo ciclo se iniciaría, a la luz de los datos de los que disponemos, con la quema del "nochebueno". Comparable con el "tizón de Navidad" navarro, o el "tronco Olentzero" vasco, supondría viejos recuerdos del culto al fuego sagrado doméstico, simbolizado por los dioses Lares.

En cuanto a las hogueras de San Antón y de San Blas, la teoría solar parece menos consistente, o si acaso, menos explícita, frente al sentido lustral, en el que se entrecruzarían el arcaico carácter purificador del fuego en sí y la fama curativa de los dos santos.

Junto a este conjunto de fogatas del invierno habría que añadir aquellas propias del solsticio de verano, como antes mencionamos, que se prolongan, como el resto de este tipo de fiestas, en la época primaveral, y concretamente, en el mes de mayo. Las llamadas fiestas de la vida, o primaverales, exaltan los valores del sol y del agua, en medio de la época del esplendor de la vegetación, del mismo modo que la celebración de San Juan.

Con todo, en el caso concreto de las "hogueras romeras" de Cazorla prima el sentido de rito de iniciación de la fiesta, del mismo modo que los cohetes de la madrugada siguiente, que no constituyen centros de reunión de la comunidad, lo que tampoco le despoja de su carácter de ofrenda.

Al igual que las hogueras, el alumbrado extraordinario de calles y edificios es una de las manifestaciones de júbilo más frecuentes en cualquier festividad. Por otra parte, las "caracoladas" de San Isidro han sido interpretadas como un símbolo de bienvenida y acogimiento contrapuesto al rechazo que el Santo Varón sufrió de parte de los antecesores paganos de la villa. Los únicos ejemplos más cercanos y similares que podemos mencionar son las lamparillas de aceite colocadas en las ventanas de Yegen, Granada, a lo largo del trayecto del rosario vespertino, al menos a principios de este siglo, aunque ni aquí ni en ningún otro caso conocido se emplearon caracoles para ello.

La festividad del Santo Cristo del Consuelo de Cazorla es un claro testimonio de fiesta fin de cosecha, que suelen presentar diversos rasgos comunes con las fiestas primaverales, entre otros, el encendido de hogueras. En este caso su denominación no puede ser más explícita, ya que, en último término, se pretendía la convocatoria de todos los campesinos y labradores, tras las faenas de la recolección, avisando del inicio

de la fiesta, sin fecha fija y en estrecha relación con aquellas.

A modo de breve conclusión, podemos resaltar que los ritos de fuego de Jaén presentan una serie de rasgos y prácticas muy extendidas en este tipo de celebraciones, como son el factor de cohesión social, su sentido de manifestación jubilosa y de veneración, e incluso lustral, sin olvidar los acostumbrados saltos sobre las piras o los bailes de circunvalación; también podríamos resaltar la exaltación del ruido, con la frecuente quema de cohetes o petardos en la hoguera, o el mazazo sobre los teones, posible influencia de las fiestas de la costa mediterránea peninsular. Del mismo modo, suelen situarse en la víspera de las festividades, como rito de inicio y convocatoria, para los que llegan a elegir emplazamientos privilegiados dentro o en torno de las poblaciones. Por último, y al igual que tantos otros festejos populares, sufre un rápido proceso de desaparición.

Agradecemos a: don José Albusac, don Rufino Almansa, don Patricio Almirón, don Juan Luis Amador, don Tomás Chillón, don Diego Lorite, don Arturo Rivera, don Francisco Rodríguez y a todos aquellos vecinos de Cazorla su amable y valiosa colaboración.

### BIBLIOGRAFIA

- ALMANSA TALLANTE, R.: "La devoción del Santo Cristo del Consuelo y la familia Fernández de Angulo", en *Anuario del Adelantamiento*, 1984-5, Cazorla, págs. 129 ss.
- CARO BAROJA, J.: *El Carnaval*. Ed. Taurus, Madrid, 1979a.
- CARO BAROJA, J.: *La estación de amor. Fiestas populares de Mayo a San Juan*. Ed. Taurus, Madrid, 1979b.
- GONZÁLEZ LOPEZ, L.: *La jaenera*. Sindicato Exportador del Libro Español, Madrid, 1936.
- MARIN MEDINA, J.: "Calendario de las fiestas populares de Cazorla", en *Anuario del Adelantamiento*, 1984-5, Cazorla, págs. 179 ss.
- MARTINEZ MONTESINOS, R.: "Las luminarias de San Antón", en *Guad*.
- MARTINEZ MONTESINOS, R.: "La noche de San Juan en Cazorla. I. Los ritos", en *Anuario del Adelantamiento*, 1965, Cazorla, págs. 41 ss.
- MARTINEZ MONTESINOS, R.: "La noche de San Juan en Cazorla. II. La Tragantía", en *Anuario del Adelantamiento*, 1966, Cazorla, págs. 41 ss.
- MEDINA SAN ROMAN, C.: *Datos inéditos del Museo de Artes y Tradiciones Populares de Madrid*, 1978-81.
- MIRCEA ELIADE: *Tratado de Historia de las religiones*. Ed. Era, México, 1972.
- ORTEGA Y SAGRISTA, R.: *Escenas y costumbres de Jaén*. Instituto de Estudios Giennenses, 1977.
- RODRIGUEZ BECERRA, S.: *Guía de fiestas populares de Andalucía*. Conserjería de Cultura de la Junta de Andalucía, 1982.
- SANCHEZ, M. A.: *Guía de fiestas populares*. Ed. Tania, Madrid, 1982.
- VARIOS: *Diccionario geográfico de España*. Ed. Prensa Gráfica, Madrid, XII vols., 1956.